

## CANTO SEGUNDO.

## I.

¿Quién grita por allá, que tiembla el bosque,  
 Y hasta los aires tiemblan?  
 Un vago resplandor, allá á lo lejos,  
 Sobre el obscuro cielo se proyecta;  
 Destaca el bosquecillo, cuyas formas  
 Vacilantes revela,  
 Y alumbrá aquel ombú que solo y negro  
 Está de pie durmiendo allá en la cuesta.  
 Parece que se mueven un instante  
 Las lomas soñolientas  
 Que en la turbada obscuridad estaban,  
 Y que asoman por entre las tinieblas.  
 . . . . .  
 De nuevo el alarido temeroso  
 En los aires revienta.  
 ¿El hambre acaso tiene congregadas  
 En esos matorrales á las fieras?  
 Nó: las fieras, miradlas: en rebaños,  
 Tendidas las orejas,  
 Saltan de acá y de allá; sobre las lomas  
 Se detienen volviendo las cabezas;  
 Emprenden nuevamente amedrentadas  
 Su rápida carrera;  
 Y alargando los cuerpos se deslizan  
 Con sigiloso paso entre las breñas;  
 Enarcando los lomos amarillos  
 Acurrucadas quedan,  
 Y en la profunda obscuridad del soto  
 Sus dos ojos de fuego centellean.

El avestruz corriendo en la llanura  
 Va con las alas sueltas;  
 Se siente el aleteo de los pájaros  
 Que abandonan sus nidos y se alejan;

Y se oyen las carreras del venado  
 Que salta en la maleza,  
 Y el rumor de manadas de carpinchos  
 Que corren á buscar sus madrigueras.

## II.

¿Quién va? ¿Qué sombras son las que corriendo  
 Van entre las tinieblas  
 É indican, con los brazos extendidos,  
 El resplandor de la lejana hoguera?

Son los indios charrúas. Han brillado  
 Los *fuegos de la guerra*  
 En las lomas del *Hum*; *fuegos de muerte*  
 Lucen del *Uruguay* en las riberas.

Y el indio que al venado perseguía  
 En las *pampas* desiertas;  
 Y el que encendía el tronco de algarrobo  
 En el hogar del valle, y á las flechas

Ataba con los nervios del carpincho  
 El colmillo de piedra,  
 O la cuerda del arco retorció  
 Formada de flexible enredadera;

Y el que miraba más allá, tendido  
 Con su eterna indolencia,  
 A sus mujeres fermentar la chicha  
 Y levantar las pieles de la tienda,

Todos vieron los fuegos de las lomas  
 Y alzaron las cabezas,  
 Y señalando el resplandor gritaron:  
 ¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú! ¡Fuegos de guerra!

Todos caminan; han tomado todos  
 Sus lanzas y sus flechas;  
 Se han pintado los rostros y los cuerpos  
 Con rayas muy azules y muy negras,

Inyectando en su piel los jugos agrios  
 De las silvestres yerbas  
 Que el venado no come ni la nutria,  
 Y que crecen de noche entre las piedras,

Bajo las cuales, en las altas horas,  
 Ladra el zorro en su cueva  
 Y se esconde la iguana perseguida  
 Y anidan la lechuza y la culebra.

Todos caminan; llevan en los cuerpos  
 Arreos de pelea:  
 Las plumas de ñandú sobre la frente,  
 En las lanzas humanas cabelleras.

¿Adónde van? Donde los llama el fuego,  
 El fuego de la guerra;  
 El que anuncia la muerte del cacique  
 Allá en el bosquecillo de las ceibas.

¡Ahú, ahú, ahú! Corren los indios  
 Gritando en las tinieblas,  
 Y el turbado silencio de la noche  
 Huye á esconderse en la inmediata selva.

## III.

Las nubes de humo denso iluminado  
 Que en el aire se elevan  
 Sobre la masa negra de los árboles,  
 Marcan el sitio en que las tribus velan;  
 Desde lejos se ven de los charrúas  
 Las oscuras siluetas  
 Que, cruzando y saltando entre los troncos,  
 Sobre el rojizo fondo se proyectan.

## IV.

¡Extraño funeral! Los indios ebrios  
 Avivan diez hogueras  
 Encendidas en torno de un cadáver  
 Tendido sobre un lecho de maleza.  
 Es un viejo cacique. El sueño frío  
 Se ha entrado por sus venas;  
 Nadie pudo arrancarlo con la boca  
 De la piel del anciano; quedó en ella,  
 Dejándole el color amarillento  
 Que entristece á las ceibas  
 Cuando el viento se enfría, y de las ramas  
 Las hojas bajan á morir en tierra.  
 Los médicos el vientre del cacique  
 Han chupado con fuerza  
 Por arrancarle el dardo y el gusano  
 Que le causaban mal. Inútil brega.  
 Vedlo tendido, inmóvil, taciturno,  
 Tan largo como era;  
 Los indios gritan, en su torno corren,  
 Y las abiertas bocas se golpean.

El arco de *urunday* tiene el cadáver  
 Entre las manos yertas;  
 Han colocado en orden á su lado  
 Su lanza y sus macanas y sus flechas,  
 Y pieles de venados y vasijas  
 En que el zumo fermenta  
 De *guaviyús* silvestres y algarrobas,  
 Y de la miel que forman las abejas.

## V.

Las tribus cuidan de que tenga el muerto  
 Las pupilas abiertas;  
 Bien atadas han puesto en su cintura  
 Las silbadoras bolas de pelea;  
 Y, porque espante entre los negros toldos,  
 A *Añang* y á *Macachera*,  
 Con jugos de *urucú* pintan su cuerpo  
 Y le embijan el rostro que amedrenta.  
 Tiene azules los pómulos salientes;  
 Amarillas y negras  
 Son las rayas que cruzan sus mejillas,  
 Y su pecho y sus brazos y sus piernas.  
 El deformado rostro del cadáver  
 Forma una horrible mueca  
 Que infundirá terror, cuando el cacique  
 De los genios del aire se defienda.

## VI.

¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú! Por todos lados  
 Los indios atraviesan;  
 Aullan, corren, saltan jadeantes,  
 Dando al aire las rígidas melenas.

Hacen silbar las bolas, agitadas  
 En torno á sus cabezas,  
 Chocan las lanzas, los cerrados puños  
 Con feroz ademán al aire elevan,  
 Y forman un acorde indescriptible  
 Que en los aires revienta:  
 Ebullición de gritos y clamores,  
 Golpes, imprecaciones y carreras.

Ya hiriéndolos de lleno, ya á lo lejos  
 Bañándolos á medias,  
 Según que á las hogueras se aproximan,  
 O de ellas con el vértigo se alejan,  
 La lumbre hace brotar, como arrancados  
 Del medio en que voltean,  
 Cuerpos desnudos, rostros que aparecen  
 Y se hunden nuevamente en las tinieblas.

## VII.

¿No son mujeres esas, las que ahora  
 Alumbran las hogueras,  
 Esas que danzan en redor del muerto  
 Y sus pequeños en los brazos llevan?  
 Sí; son madres de indios. Sus cabellos,  
 En oscuras guedejas,  
 Flotan sobre las mórbidas espaldas  
 Ceñidos en la frente; mas no velan  
 Los cuerpos palpitantes y desnudos  
 En que los fuegos tiemblan  
 Dando relieve á los redondos senos  
 Que sudorosos de cansancio ondean.

Tienen sus movimientos convulsivos  
 Cierta ruda cadencia,  
 Y sus formas desnudas, á las formas  
 De la hembra del venado se asemejan.

Sus ojos negros brillan empapados  
 En la luz y chispean;  
 Se cimbran sus elásticas cinturas  
 En plumas grises de avestruz envueltas.

Los collares de piedras de colores  
 En sus gargantas suenan,  
 Y los cintillos de brillantes plumas  
 Adornan sus tobillos y muñecas.

El que ajustado llevan en la frente,  
 Al erguirse sobre ésta,  
 Da á la figura la esbeltez del pájaro  
 Que su penacho en el sauzal ostenta.

Las indias van cantando; sus cantares  
 Son una extraña mezcla  
 De alaridos y gritos quejumbrosos  
 Que en un ritmo monótono se estrechan.

Las ruidosas bandadas de gaviotas  
 Que sobre el agua vuelan  
 Gritan como esas indias, y en el aire  
 Como ellas se revuelven y atropellan.

La turba de los indios las empuja,  
 Y las mujeres ruedan  
 Heridas, dando gritos que al vagido  
 Se unen de sus hijos. No se arredran:

De nuevo se levantan, y prosiguen  
 En su danza frenética,  
 Y en los cantares bárbaros que entonan  
 En torno del cadáver dando vueltas.

## VIII.

En redor de aquel fuego y en cuclillas  
 Ved á esas indias viejas;  
 Casi con las rodillas sobre el pecho  
 Revuelven sus vasijas y bostezan.

Sobre sus rostros penden los cabellos,  
 Que el tiempo no blanquea,  
 Como retoños lacios y marchitos  
 Que aun de sus troncos vacilantes cuelgan.

No se adornan los cuerpos angulosos;  
 Sus mandíbulas secas  
 Mastican algo que al brevaje arrojan  
 Que en las silvestres cáscaras fermenta;

Gritan de vez en cuando, y se levantan,  
 Y de nuevo se sientan.  
 Hay en sus voces algo de chirrido  
 Que acaso al grito del *chajá* se acerca.

## IX.

¿Y esos indios de bruces en la sombra?  
 ¿Por qué dan esas quejas?  
 ¿No es sangre lo que brota de sus manos  
 Que destrozadas muestran?

Se han cortado los dedos. Son parientes  
 Del cacique que velan;  
 Se han cortado los dedos con el filo  
 De sus hachas de piedra.

Así, de que lloraron al anciano  
 Dan elocuente prueba.  
 ¿Quién pondrá en duda su dolor que á voces  
 En coro manifiestan?

## X.

Nadie que á media noche aquellos gritos  
 Y clamores oyera,  
 Evitaría que el terror helase  
 Con un frío de muerte hasta sus venas.  
 Los llantos de los niños y mujeres  
 En el aire se mezclan  
 Con los gritos, palabras y alaridos  
 De los indios que airados vociferan,  
 Y con el choque de armas, y el silbido  
 De las bolas de piedra,  
 Y los golpes de cuerpos desplomados  
 Que heridos en el suelo se revuelcan.

## XI.

¿Qué quieren esas gentes? ¿Por qué corren?  
 ¿Qué ven en las tinieblas?  
 ¿A quiénes amenazan en el aire  
 Y dirigen sus bárbaras arengas?  
 ¡Quién no lo sabe! Espantan á las sombras  
 Que, en bandadas, se acercan  
 Al indio muerto, por cerrar sus ojos  
 Y apagarle los fuegos. Ved: son esas,  
 Esas que, con sus alas de carancho,  
 Entre las ramas vuelan;  
*Curupiré* las sopla y las revuelve,  
 El negro *Añanguazú* viene con ellas.  
 Son los hijos del aire y de la noche  
 Que andan en las tormentas  
 Encendiendo sus fuegos en las nubes,  
 Los grandes ruidos derramando en éstas;



Sobre el callado anciano  
 Va á lanzarse frenético,  
 Pero los hombres de armas se interponen  
 Todos á una, en ademán resuelto.

Son los perros que roen á las lunas,  
Y apagan las estrellas,  
Y lanzan los ladridos prolongados  
Que suelen escucharse en las cavernas;

Los que afilan los dientes de las víboras  
Dormidas en sus cuevas,  
Y en la yerba que pisan los charrúas  
Las arañitas de la muerte siembran.

Son las sombras malditas que al cadáver  
Del cacique se acercan,  
Para cerrar sus párpados, quedando  
Bajo de ellos ocultas; allí esperan

Que se apague del indio la mirada  
Y hácia adentro se vuelva.  
Entonces lo persiguen y lo acosan  
En la noche sin lunas que comienza

Y allí, escondidos en sus toldos negros,  
Le disparan sus flechas,  
Fingen rostros horribles en lo obscuro  
Y soplan como el viento en sus orejas.

## XII.

El viento se ha calmado; algunas voces,  
En medio á la incoherencia  
De la grito salvaje, con esfuerzo  
Acaso se comprendan.

Oid á esos que cruzan: sus palabras  
Claras allí resuenan;  
También á aquellos que, con duros gestos,  
Amenazando el aire vociferan: